SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Las hormigas rojas

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUGENIO MONTELLS RIZOT

MADRID
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

LAS HORMIGAS ROJAS

LAS HORMIGAS ROJAS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUGENIO MONTELLS RIZOT

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARTÍN la noche del 15 de Enero de 1902

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA..................	D.ª	Pascuala Mesa.
DOÑA FELICIANA.....		María Pardiñas.
ALBERTO..	D.	José González Hompanera.
EL PADRE FÉLIX... .		Constante Viñas.
EL GENERAL CONDE DE ESPADA.........		Juan Varela.
CARLOS......		José Abad.
EL DOCTOR		Julián Carrasco.
MAURICIO......		Luis Rivas.

La escena pasa en Madrid.—Época actual

A LA MEMORIA

DE

El Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula

Montells y Nadal

su hijo

Eugenio

ACTO PRIMERO

Salón biblioteca en casa del General Conde de Espada; puerta en el foro y dos laterales A la derecha del espectador una mesa despacho y sobre ella libros, papeles, etc., y un crucifijo. A la izquierda una chimenea encendida y á su alredor varios sillones. En el centro del escenario un velador de mármol con periódicos y manuscritos. Pendiente del techo una araña con varias luces encendidas que iluminan la escena, colgaduras y portiers. El acto empieza á las nueve de la noche y termina á las once. La izquierda y derecha se entiende por la del actor. Todo el mobiliario, continajes, etc., se procurará que sea de color rojo.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y CARLOS. El primero en traje de casa y el segundo de rigurosa etiqueta; ambos sentados junto al velador

CARLOS Desengáñate, querido Alberto; todo cuanto argumentes para convencerme, será en balde: yo no admito más sacerdote que mi conciencia, ni más templo que el espacio.

ALB. Siempre la herejía combatiendo la religión; siempre la materia, en lucha abierta con el espíritu.

CARLOS Te equivocas; pudieras mejor decir que la verdad rebate hasta en sus últimas trincheras á la impostura, porque ante la luz y la civilización, tienen que disiparse las tinieblas y desaparecer el oscurantismo, cayendo

por completo la venda que cubre los ojos de los pueblos.

ALB. (Con amargura) ¡Los pueblos! ¡Qué sería de ellos si no tuviesen religión!... ¡Qué sería de la sociedad si no tuviera las creencias que la sostienen!... Los salvajes de la América y del Africa, que en continua lucha con sus hermanos no han pènsado siempre en otra cosa que en destruirse mútuamente, ¡cuánto no ganaron desde la llegada á sus costas de nuestros misioneros...!

CARLOS La religión bien entendida y mejor practicada te lo concedo; pero como por desgracia ni es lo uno ni lo otro...

ALB. Ve la historia de esos mártires que han regado la tierra con su sangre por mantener la pureza de sus doctrinas...

CARLOS Ve tú en cambio la de esos monstruos, que, debiendo ser los primeros en servir de ejemplo á los demás hombres, han escandalizado al mundo con sus crímenes. Desengáñate; para un San Vicente de Paul y un San Juan de Dios, á quienes el mundo venera por su caridad evangélica y virtudes, existió un Dámaso I y un Sixto III; frente á San Francisco de Borja, está un Ignacio de Loyola, y junto á un Urbano II, se encuentra un Pedro de Arbués, un Lutero y un Torquemada. He aquí porque jamás me podrás hacer creer, por mucho que te esfuerces, que puede servirme de consuelo una religión que en tanto que con una mano enseña á los hombres el signo de redención y predica la humildad y el perdón de las ofensas, con la otra enciende la hoguera donde van á morir miles de infelices, cuyo único delito sólo consiste en no pensar de idéntica manera que ellos piensan.

ALB. (Como horrorizado.) ¡Oh! ¡Calla!... Calla por Dios, Carlos, que tus palabras me estremecen de horror. (Como hablando consigo mismo.) ¡He aquí el fruto de la educación de nuestro siglo; he aquí las máximas que la moderna filosofía deja caer gota á gota en el corazón

de aquellos que abandonaron la senda trazada por sus abuelos!...

CARLOS (Interrumpiéndole.) Permíteme; no es la filosofía, no es la educación como tú quieres decir la causa de mis palabras: son los hechos consignados en la historia los que hacen que el hombre rompa las cadenas de la ignorancia con que el fanatismo le sujetó en un día, y su espíritu por medio de la ciencia se eleve y perfeccione.

ALB. ¿Ciencia?... ¿Fanatismo?... ¡Ateos!

CARLOS ¿Ateos?... ¿Por qué razón?... ¿Es acaso porque siendo más pensadores, admiramos y adoramos á Dios de otro modo mejor que vosotros, ó es porque arrojando el antifaz, tenemos el noble valor de confesar nuestras miserias? (Se va exaltando por grados.) Si nosotros, ó sean los que adoramos al artífice en sus obras, somos ateos, ¿qué sois vosotros, que decís lo contrario que sentís, y lanzais el anatema sobre aquello que tanto os seduce y tanto os regocija? Combatís las pasiones con vuestra palabra en tanto que en vuestro corazón existen las más tempestuosas luchas; predicais la humildad y la pobreza cuando sois avaros y soberbios; hablais...

ESCENA II

DICHOS y MARÍA, que sale por la puerta del foro derecha en traje de baile y como disponiéndose á salir á la calle

MARÍA (A Carlos desde el dintel de la puerta.) Cuando quieras podemos marchar.

ALB. (Aparte con dolor.) ¡Ella!...

CARLOS (Levantándose de la butaca.) Por mi parte ya sabes que estoy á tus órdenes; de manera que cuando quieras.

MARÍA (Reparando en Alberto y acercándose á la mesa.) ¡Hola! ¿Estás tu aquí, Alberto...

ALB. (Con tristeza.) Sí, María; aquí como siempre.

CARLOS (Soriéndose.) Y disputando, pudieras añadir.

MARÍA (Con cariño Alberto.) ¡Pero que no ha de haber siquiera un momento de paz entre vosotros! Tres años hace que por motivos de salud tus superiores te permitieron salieras del convento y vinieras á reponerte entre nosotros, y tres años que siempre argumentando, ni el uno ni el otro queréis ceder en lo más pequeño de vuestras convicciones é ideales... ¡Y luego, si esas eternas disputas fueran provechosas, bueno; pero si son todo al contrario! (Señalando á Carlos, que junto á la mesa estará como distraido hojeando en libro.) Este se excita y acalora: tú...

ALB. (Interrumpiéndola.) Desesperándome por ver su falta de creencias...

CARLOS No; te desesperas porque muchas veces, con toda tu teología y tus Santos Padres, no encuentras razones ni argumentos que oponerme en contra de lo que te digo.

ALB. (Como con lástima.) ¿Que no encuentra argumentos la verdad para defenderse del error? ¡Pobre Carlos!... ¿No sabes que la verdad, ha dicho un escritor sagrado, por sí sola se defiende?

MARÍA ¿Vais á empezar otra vez?... (Como queriendo dar otro giro á la conversación, dirigiéndose á Carlos.) ¿No hay esta noche ninguna frase de galantería para su esposa? (A Alberto.) ¿Qué le parece al futuro obispo mi traje?...

CARLOS (Con galanteria.) Te digo lo que Alberto, refiriéndose á la verdad; la belleza no necesita de frases que la encomien...

MARÍA (A Alberto, que permanece pensativo.) ¿Y á tí nada te se ocurre?...

ALB. ¿Qué quieres que se me ocurra? (Con intención.) Como no sea el que tu traje me parece un poco del siglo, nada encuentro que decirte que no esté reñido con la humilde sotana que me cubre.

MARÍA ¿Un poco del siglo?... No entiendo. ¡Ah! Vamos, ¿te refieres al escote?... (Con volubilidad.) Pues hijo, ¿qué quieres? La moda es una reina tan tirana que á todos sus súbditos les impone despóticamente sus caprichos.

ALB. Sí, pero caprichos ú órdenes de esa índole no debieran ser obedecidos, porque á mi entender son bastante perjudiciales.

MARÍA No veo esos perjuicios; ni tampoco tanto motivo de censura. Si fuese en una soltera, lo comprendo, pero en una casada...

ALB Ni casada ni soltera, á mi juicio, deben poner jamás nada de su parte para atraer las miradas de los hombres.

MARÍA (Riéndose.) ¡A que voy á tener que dar la razón á Carlos! ¿Pero es que quieres que á un baile se vaya de la misma forma que al sermón ó á la novena?... ¡Parece mentira que hayas variado tanto en tan poco tiempo!... ¡Antes eras menos intransigente!...

ALB. ¡Ojalá siempre hubiese pensado de idéntica manera! (Se siente dentro como el ruido de un coche.)

ESCENA III

DICHOS y MAURICIO por el foro principal

MAUR. El carruaje espera á los señoritos.

CARLOS (Cerrando el libro.) Se terminaron por ahora las discusiones. (Acercándose á María y ofreciéndola el brazo.) Apóyate y salgamos.

ALB. ¿Os marchais ya?...

CARLOS Sí. ¿No has oído lo que dice Mauricio?...

MARÍA (Con cariño á Alberto, cogiéndose del brazo de Carlos.) Adiós, padre Alberto, hasta la vuelta, y no nos olvide en sus oraciones.

ALB. (Con intención.) Que tengas cuidado de abrigarte á la salida, ya que por rendir culto á la moda vas tan desabrigada.

CARLOS Si estás dispuesto, cuando volvamos continuaremos nuestra discusión.

ALB. Pienso acostarme temprano; además, contigo tengo la seguridad de que nada se adelanta.

MARÍA Hasta luego ó hasta mañana.

ALB. (Con sentimiento.) Hasta mañana será lo más

probable. (Vanse María y Carlos foro principal, y detrás Mauricio, que habrá tenido el portiers levantado hasta la salida.)

ESCENA IV

ALBERTO solo, con desesperación

¡Señor! ¡Señor!... ¿Por qué me abandonáis? ¿Por qué no hacéis que pase de mí este cáliz de amargura?... Tiene razón Carlos al decir que en nuestro corazón se verifican tempestades más horribles que las del Océano... ¡Como parecía que en aquellos instantes sus ojos leían el secreto de mi alma!... ¡Oh! ¡Y cuánto sufro, Dios mío!... ¡Amarla, sentir dentro del pecho este volcán cuya lava ardiente corre por mis venas, y no poderle decir lo que la adoro y que suya es mi existencia!... (Mirando al crucifijo.) ¡Ah! ¿Por qué razón me la disteis á conocer cuando Carlos la llevaba al altar y á mí me ligaban contigo tan solemnes votos?... Si es un medio de que os valéis para poner á prueba mi virtud y los juramentos que pronuncié en un día, dadme valor, ¡Dios mío!... ¡Dadme valor para que pueda vencer la tentación y salir triunfante en esta lucha que sostiene la materia y el espíritu! (Empieza á sollozar y cae á los pies del crucifijo, con la cabeza apoyada entre las manos.)

ESCENA V

ALBERTO y DON RAMÓN, en traje de casa y por el foro izquierda

RAM. (Aparte.) ¡Siempre lo mismo! .. ¡Pobre Alberto! (Acercándose y tocándole en el hombro.) ¡Vamos, hijo mío!

ALB. (Levantándose y con respeto.) ¡Señor Conde!...

RAM. (Con cariño.) ¡Señor Conde! ¿Cuándo acabarás de desterrar de tus labios esa palabra, que

tanto daño me hace?... ¿Acaso porque no me debes el ser no me consideras digno de darme el nombre de padre?...

ALB. ¡Digno!.. ¡Cuando todo, cuanto soy y cuanto tengo á usted y al Padre Félix se lo debo!... ¡Cuando sin la generosa protección de ambos, ¿qué hubiera sido del pobre huérfano, que ni conoció los tiernos halagos de una madre, ni recibió su frente el cariñoso beso de un padre!...

RAM. No: tanto el Padre Félix como yo, no hemos hecho otra cosa que cumplir con nuestro deber como tutores. El autor de tus días era mi hermano de armas, mi único amigo; y al lanzar el último suspiro en mis brazos, dejándote heredero de una cuantiosa fortuna, á tí, que apenas si contabas cuatro años, creí que lo mejor era traerte junto á mí, y que en tanto que yo acrecentaba tu herencia, el Padre Félix se encargase de tu educación moral y religiosa, obedeciendo la última voluntad de tu padre. Así lo hice...

ALB. (Interrumpiéndole.) Sí; y desde entonces habéis hecho por mí lo que quizá no hubiera hecho el desgraciado autor de mis días. Yo he compartido con vuestro hijo los juegos y placeres de la primera edad, y con él he recibido de usted y de su esposa mi parte de caricias. Como á Carlos me habéis educado y hecho que mi inteligencia se despertase del sueño de ignorancia en que yacía; á usted debo este hábito talar que cubre mi cuerpo...

RAM. (Interrumpiéndole) Permíteme que te haga una observación; esa sotana y esa corona no me la debes á mí; cada cosa en su lugar. Será á tu confesor si acaso, que con sus consejos, buenos ó malos, pues en eso no me meto, desde niño te fué inclinando por ese camino. Si yo, cuando te empeñaste en seguir la carrera del sacerdocio é ingresaste en el colegio de jesuítas de Chamartín, nada te dije, ya sabes que mi gusto no era ese, y por el contrario, mi mayor placer hubiera sido ver-

te hecho un militar como Carlos, y que mañana tu nombre hubiera sido inscrito en el gran libro de los héroes... Tú quisiste lo contrario, y como no estaba en mí de ninguna manera el estorbar tus ideas, entregué al convento los dos millones de pesetas de que era depositario, y que tú graciosamente le harías de ellos donación y...

ALB. Señor Conde... yo...

RAM. Y logré salir de un asunto que en algunos instantes llegó hasta repugnarme... ¡Pero dale al señor Conde!... Eres terco en demasía. ¿No recuerdas que uno de los juramentos del sacerdote es la obediencia?

ALB. (Con cariño) Pues bien, padre mío...

RAM. (Interrumpiéndole.) Así: ¿ves qué bien sienta esa palabra?

ALB. Si no empuño una espada que pudiera causar, dado un instante, la destrucción de un semejante mío, enarbolo la cruz...

RAM. No es mala bandera..

ALB. Y con ese signo de redención me considero completamente feliz y dichoso.

RAM. (Como dudando) ¿De veras...? ¿No me engañas? ¿Eres completamente feliz en ese estado...?

ALB Felicísimo: en él he encontrado cuanto ambicioné en mi infancia... Pero, ¿por qué la pregunta?...

RAM. ¡Pchs!... Por nada: me pareció que desde que saliste del convento, tienes algún pesar que nos ocultas...

ALB ¡Yo!... (Aparte.) ¡Dios mío! Si habrán sospechado... (A don Ramón.) Ese es el mucho cariño que les ciega.

RAM. Bueno, bueno. Te creo porque tú lo dices. (Cambiando de ideas.) Pero ahora que recuerdo; tengo que darte una buena noticia que te va á llenar de alegría. (Sacando una carta.) ¿A que no sabes quién me escribe?

ALB. (Distraído.) No acierto.

RAM. Pues tu confesor.

ALB. (Con embozado disgusto.) ¿El Padre Félix? (Con amargura.) ¿El consejero de mi niñez?

RAM. El mismo.

ALB. ¿Pues no se dijo que había perecido allá en las misiones de la India?...

RAM. (Dándole una carta.) Ve la prueba de lo contrario. Y es más, por la fecha de la carta, y el retraso que debe haber tenido, ya se encontrará en España y de un momento á otro vendrá á nuestro lado... Lee y verás lo que nos dice. (Lee Alberto la carta y se la devuelve silencioso.) ¿Pero parece que no te alegra la noticia?

ALB. (Con indiferencia.) Ni me alegro... ni lo siento.

RAM. (Con asombro.) ¡Chico! ¡chico!... ¡Cuando yo digo que estás completamente desconocido!... Yo quisiera que alguno me dijera qué es lo que os dan los jesuítas para transformaros de ese modo. . ¿Conque ni te alegras, ni sientes que llegue tu confesor?... ¡El demonio que os entienda!...

ALB. (Levantándose) Con su permiso, voy á trabajar un rato sobre el sermón que mañana tengo que predicar en las Descalzas.

RAM. ¿De qué te vas á ocupar?

ALB De las pasiones.

RAM. ¿De las pasiones?... ¿Sabes que has elegido un tema muy escabroso?...

ALB. Lleva usted razón; mas como no tengo otro medio que obedecer...

RAM. ¡Ah!... Si es un mandato de tus superiores, es diferente. ¿No habrá que preguntarte que será un trabajo como tuyo?...

ALB. (Con humildad) ¡Don Ramón!...

RAM. Bien, hombre, bien; no quiero ofender tu modestia. Anda, pues, y de paso vé al oratorio, y si ha acabado de rezar sus oraciones mi esposa, dile que la aguardo.

ALB. (Dirigiéndose al foro.) Pues con su permiso.

RAM. (Cogiendo un periódico.) Anda con Dios.

ALB. (Aparte.) ¡El Padre Félix en España! ¡Qué va á ser de mí, Dios mío... si llega á descubrir!...

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA FELICIANA; desde la puerta del foro principal á Alberto

FEL. ¿Te marchas porque yo vengo?...

ALB. ¡Señora!... De ninguna manera.

RAM. (A Feliciana.) ¿Estás ahí? pues me alegro. En estos instantes le decía á Alberto que te avisase, para que, dejando tus rezos, vinieras á hacerme un rato compañía.

FEL. (A Alberto.) ¿Pues cómo?... ¿No quieres esta noche que el general con sus torres le de mate á tu rey?...

ALB. Tengo que trabajar y ya don Ramón me ha permitido...

RAM. Sí; tiene, según dice, que ocuparse del sermón de mañana.

FEL. Entonces, haces bien, Alberto; trabaja, estudia mucho y Dios quiera que llegues con tu ciencia á ser el día de mañana un San Agustín ó un San Juan Crisóstomo.

ALB. ¡Señora! Con ser un humilde soldado de Jesús, me doy por satisfecho.

RAM. Oye. Espero que antes de acostarte nos leerás algo de tu trabajo ..

ALB. Como ustedes ordenen...

RAM. Pues anda y que el Espíritu Santo te ilumine...

ALB. (Saliendo foro principal.) Hasta luego.

FEL. Vé con Dios.

ESCENA VII

DOÑA FELICIANA y DON RAMÓN

FEL. (Sentándose en el sillón junto al velador.) ¿Sabes que este muchacho, si continua así, no va á tener nada que envidiar á San Francisco de Sales?...

RAM. ¡Y qué elocuencia!... ¡Qué conceptos tan sublimes!

FEL. Te juro, Ramón, que muchas veces cuando le veo subido en el púlpito y le oigo hablar de la resignación que debemos tener en todas nuestras adversidades y de la forma con que la caridad tiene que ser practicada para que sea grata á los ojos de Dios, me parece que no es Alberto el que habla, sino uno de los Apóstoles del Divino Salvador...

RAM. (Con indiferencia.) ¡Pchs!... Tienes razón. Y parece mentira que el que tan magníficamente y con tal lógica de argumentos lleva la convicción á la mayor parte de sus oyentes, en vez de fundar, ya que quería hacer voto de pobreza, con los dos millones de pesetas que le dejó su padre, una barriada para obreros con todas las condiciones de higiene y de salubridad que la ciencia aconseja, en donde cien familias, por lo menos, constantemente hubieran estado pidiendo á Dios por él en sus oraciones, entregó ese capital á los jesuítas, que...

FEL. (Interrumpiéndole con precipitación.) Que han sabido darle mejor destino que eso que tú dices. Ya sabes lo que el Padre Félix te contestaba cuando con esa franqueza que Dios te ha dado, le hacías objeciones á la voluntad de Alberto.

RAM. Le hacía objeciones, porque conozco el mundo mejor que vosotros; porque tenía miedo, ¡y qué demonios! lo tengo aún, de que los votos y juramentos de Alberto no salieran de su corazón sino que...

FEL. (Interrumpiéndole.) ¿Ya vas á empezar con tu eterna manía? (Como queriendo mudar de conversación.) Vamos, vamos, pide el ajedrez y dejemos este asunto. El Padre Félix no pudo equivocarse. Alberto nació para el sacerdocio.

RAM. Si ya lo veo; mas él sufre, no hay duda alguna, y ni á tí ni á nadie se lo participa. Casi siempre que se encuentra solo, está con las lágrimas en los ojos... y créeme, estas lá-

grimas en él significan mucho. (Cambiando de ideas) ¿Pero no sabes que el Padre Félix me ha escrito?...

FEL. (Con alegría.) ¿El Padre Félix?... ¿Y qué dice?

RAM. He aquí su carta. (Sacando la carta.) Escucha. (Leyendo.) «Señor Conde de Espada. Mi respetable general y amigo: Ni la distancia, ni »la multitud de peripecias y sucesos, á cual »de ellos más inverosímiles y extraordinarios »por que ha pasado mi pobre existencia en »estos lejanos países, han podido hacer ni »por un momento que olvide su amistad y »beneficios recibidos. Cuando ésta llegue á »sus manos, me encontraré atravesando los »mares y próximo á respirar los aires de mi »patria. En el momento que pueda, Dios »mediante, iré á su casa, tanto á probarle »que no soy olvidadizo, como á estrecharle »en mis brazos. Reciba y dé los cariñosos re»cuerdos y bendición de su afectísimo her»mano en Jesucristo, *Félix Araoz.*» (Desde los últimos parrafos de la carta habrá aparecido el Padre Félix en escena, deteniéndoseen la puerta del foro.)

ESCENA VIII

DICHOS y el PADRE FÉLIX

P. FÉL. Y héteme aquí cumpliendo la palabra empeñada. (Doña Feliciana y don Ramón, al oir al Padre Félix, se levantan y salen á su encuentro.)

FEL. ¡Oh! ¿Esa voz?... ¡Qué alegría! ¡Si es el Padre Félix! (Inclinándose y besándole la mano) Vuestra bendición, padre mío...

RAM. ¡Querido amigo! ¡Qué sorpresa tan agradable!

P. FÉL. (Bendiciendo á doña Feliciana.) Que Dios la bendiga, como yo lo hago. (A don Ramón.) ¡Mi general!

RAM. ¿Pero cuándo ha sido la llegada que no hace tres horas que vuestra carta se encuentra en nuestro poder?

P. FÉL. Lo más sesenta minutos, amigo don Ramón,

El tiempo que he tardado desde la estación aquí. ¡Llegar á Madrid y no venir al instante á estrechar en mis brazos á mis protectores de hace años!... ¡Jamás! (Sentándose.) ¿Pero cómo tan solitarios...? ¿Y Carlos...? ¿Y María...?

FEL. Como siempre, Padre Félix, como siempre: sin penas de ninguna clase.

P. FÉL. Más vale así. Dichosos ellos, que aun no han tocado con sus labios la copa de la amargura.

RAM. Ahora se encuentran en la reunión de la marquesa de Soria.

P. FÉL. (Aparte.) Bien me informaron.

RAM. Son sus días, y como ya sabe usted la amistad que nos une con esa familia... ¿Pero supongo que vuestra venida será por algún tiempo...?

P. FÉL. (Distraído.) Todo depende de las circunstancias.

FEL. No acaba de llegar y ya piensa quizás en abandonarnos.

P. FÉL. ¡Quién sabe! Mis superiores ordenan y á mí sólo me resta obedecer... ¿Y Alberto, mi hijo de confesión?...

RAM. Hace un instante que nos pidió permiso para retirarse á sus habitaciones á preparar el sermón que mañana tiene que predicar en las Descalzas. Ahora mandaré que le llamen. (Va á tocar un timbre que habrá sobre la mesa y el Padre Félix se lo impide.)

P. FÉL. Déjele usted, General, y no le distraigamos en lo más pequeño; tiempo tendré de abrazarle. ¿Supongo que ya estará completamente repuesto?

RAM. Sí; esa medida que tan sabiamente tomaron sus superiores fué muy beneficiosa para su salud; pero, sin embargo, no sé qué noto en su semblante que me trae inquieto.

P. FÉL. (Con atención.) Pues...

FEL. Diga usted, Padre Félix, que no es más que aprensión del General.

RAM. No es aprensión mía, créame usted; hasta se me figura que ha vuelto á desmejorarse. Recuerda lo decidor y alegre que siempre

estaba, ¿verdad? Pues ahora ni veinte palabras pronuncia en todo el día, y, ensimismado, solamente apetece la soledad, pareciendo que hasta nosotros le estorbamos.

P. FÉL. Es raro cuanto me cuentan ustedes. (Aparte.) ¿Si habrán cometido alguna imprudencia?

ESCENA IX

DICHOS y MAURICIO con una bandeja y en ella una carta

MAUR. (Desde el foro.) ¿Da permiso vuecencia?

RAM. ¿Qué quieres?

MAUR. Esta tarjeta que un criado de la señora marquesa de Soria me acaba de entregar para vuecencia de parte del señorito Carlos.

RAM. (Con extrañeza.) ¿Qué ocurrirá? Trae. (Se acerca Mauricio con la bandeja y don Ramón coge la tarjeta y la lee para sí.)

FEL. (A Mauricio.) ¿Tú no ves á quién tenemos en casa?

MAUR. ¿El Padre Félix? Ya he tenido la honra de recibir su bendición.

P. FÉL. Fué al primero que he visto al entrar en esta casa. (Al General.) ¿Qué os dice?

RAM. Que el ministro desea hablarme esta noche misma, y que me aguarda en casa de la marquesa. (A Mauricio.) ¡Mauricio!

MAUR. ¡Mi General!

RAM. Que enganchen al momento, mientras yo cambio de traje....

MAUR. A la orden de vuecencia. (Saluda militármente y se va foro principal.)

RAM. (Al Padre Félix.) Espero que me perdonará el ausentarme de su grata compañía; ya ve que la ordenanza me lo exige.

P. FÉL. Sí, General, lo primero es lo primero. Además, yo pensaba marcharme pronto á mi convento.

RAM. ¿Sin ver á Alberto? De ninguna manera: ahora le avisaremos, y en tanto que ésta me ayuda á vestirme, usted, á solas con él, pro-

cure sondar su corazón y ver si son infundadas mis preocupaciones.

FEL. Ya verá usted, Padre Félix, que sólo son manías del General.

P. FÉL. En eso estoy.

RAM. (Tocando el timbre y á Mauricio, que aparecerá en la puerta del foro principal.) Al señorito Alberto que haga el favor de venir. (Vase Mauricio. A Feliciana.) ¿Vamos?...

FEL. Aguarda que venga Alberto. No vamos á dejar solo al Padre Félix...

P. FÉL. Por el contrario; conviene, para lo que el General me dice, que la primera impresión de mi llegada sea entre los dos solos.

FEL. Pero...

P. FÉL. Es mucho mejor, créame usted, señora. (A don Ramón.) Ande, General, y no se detenga; mañana tendremos tiempo de sobra para estar juntos...

RAM. (Estrechándole la mano.) Pues con su permiso.

FEL. (Besándole la mano al Padre Félix.) Obedezco, padre mío; pero después que se marche el General y hayáis hablado con Alberto, me haréis la honra de tomar algunas pastas y fiambres...

P. FÉL. Vos siempre tan amable...

RAM. Tienes razón, y así nos esperais á nuestra vuelta. . (Al Padre Félix.) Hasta ahora, Padre Félix.

P. FÉL. Hasta luego, mejor dicho, General. (Vanse don Ramón y Feliciana foro izquierda.)

ESCENA X

El PADRE FÉLIX. Pausa

Parece que mis hermanos no se descuidaron en cumplir fielmente mis órdenes, y hasta la casualidad viene en mi ayuda con la llamada del General por el ministro. Doloroso me es el recurrir á tales extremos, pero el fin justifica los medios... Se venti-

lan veinte millones, que si llegan á ser de la Orden, como fueron los de Alberto, ¡ay de cuantos nos persiguen! ¡Ay de cuantos nos odian y aborrecen!...

ESCENA XI

DICHO y ALBERTO, que aparecerá por la puerta lateral izquierda. y después de un momento de vacilación y como dominándose, irá á caer arrodillado á los pies del Padre Félix

ALB. ¡Padre Félix!

P. FÉL. A mis brazos, hijo mío. (Se levanta y lo abraza.)

ALB. En estos momentos acabo de saber vuestra llegada.

P. FÉL. No he querido que te molestasen ni distrajeran en tus trabajos; tiempo tenía para verte.

ALB. ¡Tres años que he estado privado de vuestros cariñosos consejos...!

P. FÉL. Otros más desgraciados que tú, reclamaban mi presencia en aquellas lejanas tierras. Además, no te quedabas solo; te hallabas junto á tus hermanos de orden y tenías, en tus tribulaciones, sabios superiores que guiaran tus pasos.

ALB. ¡Oh! Sí. Llevais razón; pero los consejos del Padre Hilario no son los vuestros; los vuestros, que tanto bien me han hecho siempre..

P. FÉL. (Con humildad.) No todos podemos ser iguales.. ¿Y trabajas mucho?

ALB. Menos de lo que quisiera.

P. FÉL. No obligues la materia, ni quieras producir más que lo que permitan tus fuerzas... Ya supe que por exceso de trabajo, los médicos te aconsejaron, y el padre superior te dió permiso para que salieras del convento, y que por una temporada estuvieses al lado de esta familia con quien pasaste los primeros albores de tu juventud.

ALB. Sí; y lo que no he podido comprender es que estando ya completamente restablecido, cada vez que solicito volver á la comu-

nidad, se me diga que aun no es tiempo; que aquí soy necesario.

P. Fél. (Marcando la frase.) ¿Tan mal te va en esta casa, donde presumo que todo serán halagos y caricias, que tan pronto quieras dejarla?...

Alb. (Vacilando.) ¿Mal? no; por el contrario. Pero si vierais cómo hecho de menos mi cuartito y el extenso jardín donde acostumbraba á dar mis solitarios paseos.

P. Fél. (Aparte.) Algo oculta en su corazón; seamos cautos.

Alb. Además, yo no veo la necesidad de mi presencia aquí. Mis consejos jamás podrán cambiar la índole de Carlos, ni sacarle del error en que se encuentra. Por lo tocante á María...

P. Fél. (Con prontitud.) ¿Qué?...

Alb. (Con pasión.) Que es un ángel y ama á su esposo con delirio. (Dominándose y cambiando de expresión.) De forma que ya que Dios os envía, yo os suplico que intercedais por mí... y hagais que vuelva á nuestra casa, de la que nunca debiera haber salido.

P. Fél. Me parece, Alberto, que existe algo en tí para querer abandonar esta morada, (Con ironía.) más que el deseo de verte en tu cuartito y en el jardín del convento... Me parece, hijo mío, que se oculta un secreto tras de tus palabras.

Alb. (Tembloroso.) ¡Un secreto!...

P. Fél. Sí; un secreto, que es fácil adivinar para el que como yo te conoce desde niño, y día por día ha sabido tus más reconditos pensamientos.

Alb. (Con desesperación.) ¡Padre mío!

P. Fél. (Con cariño.) Ven... Estamos solos y nadie nos escucha; habla con la franqueza de otros tiempos á tu confesor...

Alb. (Balbuceando.) Os equivocais, Padre Félix; mi conciencia está tranquila...

P. Fél. (Sonriéndose.) ¡Qué tiene que ver tu conciencia en este asunto!... Yo sé que tú sufres.

Alb. (Con amargura.) ¡Y tanto!

P. Fél. Yo sé que lloras cuando te encuentras sólo; que de tu pecho se escapan suspiros, y como no hay efecto sin causa, voy á decirte la que es autora de todas tus vacilaciones y de todas tus luchas.

Alb. ¡Oh!

P. Fél. ¿Quieres saberlo?... Pues bien: no has podido resistir la prueba y hoy cobardemente retrocedes porque te consideras impotente para la lucha... Tú amas á María...

Alb. (Horrorizado) ¡Yo! ¡Dios mío!

P. Fél. Sí; tú.

Alb. ¡Oh! no...

P. Fél. ¿Por qué lo niegas? Ten la franqueza siquiera de confesar tu falta.

Alb. (Cayendo de rodillas.) ¡Padre mío, perdón!

P. Fél. ¿Ves como todo lo he adivinado? (Levantándole.—Aparte.) Ya es mío. (Alto.) ¿Ves como para mí no puede tu corazón tener secretos?... ¡Por eso quieres huir!... Ni lo pienses siquiera; antes mártir que dejar de cumplir lo que nuestra sociedad te ordena.

Alb. (Desesperado.) ¡Oh! ¡Si es que no puedo más! ¡Si es que el sufrimiento me devora!...

P. Fél. (Con desprecio.) ¿El sufrimiento dices?... ¡Qué sabes tú lo que significa esa palabra! Cuando como yo lleves veinte años de sentarte en un confesionario y de investigar día por día las conciencias de los penitentes, averiguando sus secretos y los de sus familias; cuando como yo profundices en aquel lugar el corazón humano y hagas con el escalpelo de la razón la autopsia de aquellas almas cuyos ayes de dolor lleguen hasta tí, y puedas con tus consejos guiarlas por el camino del bien ó del mal, según sea tu deseo, entonces en algún tanto podrás comprender esas grandes luchas y esos grandes [illegible], ocultos casi siempre por una falsa sonrisa...

Alb. (Como subyugado por la exaltación del Padre Félix.) ¿De manera que en el confesonario?...

P. Fél. (Interrumpiéndole.) Se aprende á conocer el mundo y las borrascas del corazón humano. (Como hablando consigo mismo.) ¡Si los hombres

en la vida social dejaran descubrir los misterios de sus almas como los descubren en aquel sitio! Allí es donde se pueden apreciar los grandes sufrimientos y las grandes pasiones. Allí es donde se puede aprender á sufrir y á lograr el triunfo. ¡De qué vale toda esa pléyade de filósofos! ¡De qué sirve toda una existencia dedicada exclusivamente al estudio ante dos horas de estancia en un confesonario!...

ALB. Es cierto, sí; yo no os lo niego. Pero el sufrimiento que pueda tener un semejante mío, no es el que yo siento, ni el que mina mi existencia. Vos hablais así porque sois un santo y no habéis conocido jamás lo que es el amor y lo que son los celos.

P. FÉL. (Aparte.) ¡Qué descubrimiento! (Alto.) ¿Tienes celos de Carlos, no es verdad?. . ¿Cada caricia que á su esposa le prodiga, cada frase de amor que ella le dirige será un puñal que atraviesa tu pecho?...

ALB. Vos lo estáis diciendo... ¡Callad!

P. FÉL. Y cuando como las tórtolas en el bosque se arrullen... tú te clavarás las uñas en la carne...

ALB. Sí... eso es. Y la sangre brota de aquí... de aquí. (Señalándose el corazón.)

P. FÉL. (Con desprecio.) ¡Bah! Eres un niño; lucha con la materia... lucha y vence.

ALB. ¡No puedo!

P. FÉL. El reino de Dios se conquista por el martirio; los placeres de la vida, saltando los obstáculos y arrollando cuanto se encuentra al paso.

ALB. (Mirando al crucifijo.) ¡Oh! ¡Jesús de mi alma! (Cayendo de rodillas.) ¡Si lucho y temo no vencer!...

P. FÉL. (Con doble intención.) Pues vence.

(Esta escena se deja sin anotaciones importantes al talento y buen gusto de los actores.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón elegantemente puesto con puerta en el foro y dos laterales; colgaduras, sillones y demás; en el centro un velador y en él periódicos, albums, etc.; una araña encendida alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

Al empezar el acto salen por la puerta lateral izquierda el GENERAL y el PADRE FÉLIX, el primero con un pliego en la mano

RAM. — Sí, amigo mío; el insulto fué terrible. Aquellos dos canallas disfrazados de caballeros, sin parar en mientes y como si fuera obedeciendo á un plan preconcebido de antemano tiraron por el suelo la honra de María hasta el punto de hablar de su nacimiento. La mano de mi hijo se posó sobre la mejilla de uno y mi guante azotó el rostro del otro; con que ya ve usted que es imposible de todo punto que haya arreglo. (Dándole el pliego) En este pliego se encuentran consignadas todas mis instrucciones.

P. FÉL. — (Tomando el pliego y guardándolo en el interior del traje.) ¡General! ¿Lo ha meditado...?

RAM. — Todo; por lo tanto, es inútil cuanto me diga en contra.

P. FÉL. — (Con humildad.) «No derramarás la sangre de

tu hermano y amarás al prójimo como á tí mismo...» Nos dice nuestra santa religión.

RAM. Es cierto. Pero la sociedad en cambio nos exige lavar con sangre la afrenta recibida.

P. FÉL. La sociedad no es Dios que manda perdonar las ofensas. Mire al Santo de los Santos, cómo pendiente de la cruz perdonaba á aquellos que tanto le injuriaban.

RAM. Tiene usted razón; mas aquéllos no sabían que á quien crucificaban éra su Dios, y los miserables de hace dos horas conocían bien que al hablar de María en la forma que lo hicieron insultaban al Capitán de Estado Mayor Carlos Santiesteban y á su padre el General Conde de Espada.

P. FÉL. (Con hipocresía.) ¡Perdonadlos...!

RAM. ¡Perdonarlos! Eso dice usted porque es un santo... Nuestra dignidad ultrajada está gritando: ¡castígalos!

P. FÉL. Reflexionad, amigo mío, que la sangre regará la tierra.

RAM. Que corra si con ella se ha de lavar la afrenta recibida.

P. FÉL. Que Carlos... usted ó quizás los dos, pueden perecer... y entonces... ¡Oh! No quiero pensar la catástrofe de esta casa.

RAM. Ninguna. Para evitar eso que usted llama catástrofe es el pliego que le acabo de dar. Desengáñese usted, Padre Félix, más vale morir con honra que vivir deshonrado siendo el ludibrio de los hombres dignos. Ahora bien; escuche amigo mío.

P. FÉL. Decid.

RAM. Si por una casualidad, que no la espero, ocurriese eso que tanto temeis y Carlos y yo perdiéramos la vida, no os pido más sino que por la amistad que nos profesamos seais un padre para esas dos mujeres que al faltar nosotros quedan desamparadas, sin más sombra que la de usted y la de Alberto.

P. FÉL. Pensad en ellas y desistid.

RAM. (Como ofendido.) ¡Padre! ¡Basta!

P. FÉL. ¿De forma que el duelo...?

RAM. Será mañana al apuntar el sol.

P. Fél. ¿A Espada?...

Ram. No: á pistola; á veinticinco pasos y avanzando.

P. Fél. ¿Pero de ese modo, no hay otro recurso que la muerte de uno...?

Ram. Así se lo he indicado á mis representantes.

P. Fél. Si me permitiese usted que fuera á hablar á esos caballeros.

Ram. Ni lo intente siquiera. Sería agregar nuevos insultos á la ofensa recibida. (Levantándose y disponiéndose á salir.) Pero me va á perdonar que me ausente; mi hijo Carlos me aguarda en casa de sus padrinos para ultimar las condiciones en que se han de verificar ambos desafíos. Le ruego, pues, que tenga un poco de paciencia y no se marche hasta mi vuelta; todo será que acabe de pasar aquí la noche.

P. Fél. Como querais, General; ya sabe que siempre en todas ocasiones soy su mejor amigo y que puede disponer de mi inutilidad.

Ram. Ya lo sé, Padre Félix; ya lo sé. Por eso no he tenido en cuenta lo avanzado de la hora y que acababa de llegar de tan largo viaje, para molestarle. ¿De manera que me esperará, verdad...?

P. Fél. Aquí os aguardo.

Ram. Pues entonces hasta luego.

P. Fél. (Toma un libro y se dispone á leer.) Hasta luego, General.

Ram. (Volviéndose desde el foro.) ¡Ah! suplico á usted que de esto ni una palabra á Feliciana ni á María. Si algo le preguntasen, decidles que nada sabeis, y tratad por todos los medios de borrar de sus cerebros cualquier sospecha que pudieran tener.

P. Fél. Trataré de hacerlo, y Alberto con sus buenos consejos me ayudará. Pero medite usted, don Ramón, mis palabras: vea que su hijo, que ambos mejor dicho, van á cometer un acto que rechaza por completo nuestra santa Religión... Que Jesús dijo: «Si te hieren en la mejilla derecha, pon la izquierda...»

Ram. Esa máxima del Divino Maestro, permíta-

me Padre Félix que le diga, que en el siglo en que vivimos está relegada al olvido, ó solamente ha quedado, y no siempre, para los que como usted desprecian al mundo y visten la túnica de la mansedumbre, de la humildad y del perdón de las ofensas. Los que como Carlos y yo llevan el honroso uniforme del soldado español, prefieren morir antes de verle deshonrado. (Vase foro principal.)

ESCENA II

EL PADRE FÉLIX, solo. Pausa

(Con alegría.) ¡Magnífico! Al hombre se le precipita y se le lleva donde quiera incitando sus pasiones... He aquí dos seres que mañana dejarán de existir al poderoso aliento de mi voluntad y nadie podrá nunca saber si murieron por mi mandato. La red que los envuelve no puede estar mejor tejida y mi plan es de infalible resultado... Vertini y Mascetti darán cuenta del padre y del hijo... La generala y María, si el dolor no las mata, que todo pudiera ser, entrarán en un monasterio siguiendo los consejos de Alberto y míos... después... Después nuestra Orden tendrá unos ingresos con que hasta aquí ha venido contando, y que si no fuera por mí se pudieran dar como perdidos. (Reflexionando.) Pero me encuentro solo; Alberto y doña Feliciana están junto á María; bueno es que aprovechemos estos instantes y veamos los documentos que me entregó el Padre Hilario á mi llegada, y que aún no he tenido tiempo para leerlos. (Sacando del bolsillo del balandrán varias cartas y papeles.) ¡Ah! Si por fin me dieran noticias de aquella pobre mártir que abandoné y de mi hija... Parece mentira que con todo mi omnímodo poder, que supera al de los reyes, hayan sido inútiles mis pesquisas. ¡Qué habrá sido de ellas...!

¡Infelices...! ¡Quizás lo que es de la arista que el viento lleva entre sus ondas, ó lo de la gota de agua que cae en el Océano! un poco al final de polvo imperceptible ó unas cuantas circunferencias concéntricas en la superficie del líquido elemento y después... después nada... apenas si el débil recuerdo que existieron... Empero veamos lo que nos dicen nuestros múltiples obreros: (Abriendo una carta y leyendo.) «Reverendo padre: El provincial de Rems me comunica que la condesa hizo testamento desheredando á sus hermanos y sobrinos. Con esto la Orden gana siete millones, pues que todo se lo deja á nuestro hermano el Padre Braulio.» (Doblando la carta y poniéndola sobre el velador. Hablado.) ¡Siete millones! Siete millones, que con los veinte de aquí y los doce del banquero Sheiler, forman un total de treinta y nueve. ¡Oh! paréceme que la victoria está dudosa. ¡Cuántas conciencias no se pueden comprar con ese dinero!... (Abre otra carta. Leyendo.) «Padre amantísimo: las corrientes se inclinan á la expulsión; por lo tanto, permitidme que os recuerde algunas frases del sermón que en tiempos de Enrique III, predicó el Padre Commolet en esta ciudad el día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo: «Sólo nos falta un Aod, bien sea monje, soldado ó pastor; esto poco importa; nos hace falta un Aod. Solo se necesita este golpe para que nuestros asuntos se hallen en el estado que podemos apetecer » Decidid con vuestra sabiduría, pero decidid pronto » (Declamado.) Tiene razón: hace falta un Aod que hunda su espada en el vientre de Eglón, rey de Moab. . el recuerdo del texto bíblico está muy bien traído... lo pensaremos; aun hay tiempo. (Abre otra carta) ¡Hola! ésta viene cifrada; de interés debe ser. (Leyendo.) «Necesitamos dinero: exigen por lo menos quince millones. Grande es la suma, pero salvo vuestra opinión, debemos darlos antes de que se declaren nuestros enemigos y la alo-

cución no sea lo enérgica que se ambiciona. Después sería tarde.» (Declamado) ¡Imbéciles!.. ¡Quince millones...! ¿Qué es para nosotros esa cifra? ¡Quinientos! ¡mil diera yo porque no se reprodujeran las escenas de Hungría, de Inglaterra... de Portugal y Francia...Toda nuestra fortuna, si preciso fuera, con tal de encauzar el torrente que amenaza envolvernos entre sus turbias olas... Hasta mi vida, si con ella la compañía podia seguir diciendo: «El mundo es mío». (Lee otra carta para sí. Declamado y con alegría.) ¡Oh! ¡Bien!... Mascetti y Vertini deben ser premiados.

ESCENA III

EL PADRE FÈLIX y DOÑA FELICIANA, que entrará por la puerta lateral izquierda

FEL. (Entrando con ansiedad.) ¿Padre Félix?... ¿Y el General?...

P. FÉL. (Recogiendo todos los papeles y guardándolos.) Hace un momento que salió de aquí.

FEL. ¿No sabe usted dónde?

P. FÉL. No, señora; pero presumo que no ha de tardar, porque me dijo que le esperase hasta su vuelta.

FEL. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué mala noche está pasando! ¡Cuánto siento!...

P. FÉL. (Interrumpiéndole.) ¿Por qué?...

FEL. Por el abuso tan grande que con usted estamos cometiendo. Venir rendido: en aras de la amistad, sin descansar siquiera, llegáis á saludarnos, y no hemos tenido consideración para, quizás, cuando estaba en lo mejor del sueño, sacarle de su convento...

P. FÉL. Estad tranquila, y no tener por tal futesa la más pequeña preocupación. En primer lugar, mi viaje, aun cuando largo, no me produjo cansancio alguno, y en segundo, que ni aun siquiera había dado comienzo á mis oraciones. (Cambiando de ideas.) ¿Y María, se ha tranquilizado?...

FEL. Sí, padre mío: junto á ella quedó Alberto tratando de desvanecer su inquietud... ¿Pero el General le habrá contado cuanto ocurrió?

P. FÉL. No me ha dicho otra cosa sino que le dió á María un desmayo, probablemente del excesivo calor, y que al verla en ese estado, se la trajo á casa inmediatamente.

FEL. (Como dudando.) ¿Y no le ha dicho nada más?

P. FÉL. Nada más.

FEL. ¿Sabe usted, Padre Félix, que en todo esto noto algo extraño que no puedo explicarme?

P. FÉL. ¿Algo extraño?... No adivino...

FEL. Con el cariño que mi hijo profesa á María, quedarse él en casa de la marquesa y dejar que se vengan Ramón y ella... ¡Vamos, que no puede ser! ¡Aquí se oculta un misterio!

P. FÉL. Ya sabe usted, señora, que muchas veces la sociedad nos obliga á hacer lo contrario que sentimos.

FEL. Sí... Es verdad. ¿Pero me quiere usted decir qué significa esta nueva salida de Ramón?... ¿A dónde ha ido?... ¿Qué objeto lleva?...

P. FÉL. Nada sé, y por tanto nada puedo deciros. Pudiera ser que fuera motivada á algún asunto del servicio... Ya sabéis que el ministro ha tenido con él una conferencia... También es probable que haya ido á ver á Carlos... En fin, ¡vaya usted á adivinar! Como de las frases de María no podamos sacar algo, cuanto pensamos, no dejará de ser más que conjeturas... Ella, ¿qué os ha dicho? ¿A qué achaca su desmayo?...

FEL. Ya lo ha oído. Que al pasar cogida del brazo de Carlos por uno de los salones, dos caballeros, que por su acento debían de ser italianos, al verla, pronunciaron en alta voz unas palabras que no pudo entender, y lanzaron una carcajada. Que Carlos la condujo inmediatamente al lado de Irene, y que después sintió un poco de alboroto y vió á Carlos hablando en un grupo de caballeros; que quiso levantarse para ir en su busca, pero que le faltaron las fuerzas y perdió el conocimiento... De forma que calcule usted,

Padre Félix, si con esto no es para pensar lo peor y temer que en estos momentos nos amenace una desgracia...

P. FÉL. ¿Una desgracia?... No veo la razón.

FEL. Siento mucho que no me entienda, ó mejor dicho, que no quiera entenderme. ¿Parece que ya ha olvidado el carácter de Carlos y de su padre.

P. FÉL. Señora: no lo he olvidado; son violentos, y ambos se dejan arrastrar por los impulsos de la ira; pero confiad en Dios, que todo lo puede.

FEL. (Como hablando consigo misma.) ¿En dónde estarán?... (Al Padre Félix.) Padre Félix, ¿le parece bien que mande á Mauricio en casa de Irene á preguntar por ellos?...

P. FÉL. No lo creo prudente...

FEL. Ella es mi hermana, mi mejor amiga desde la infancia, ¡y nada me ocultará.

P. FÉL. Ya sabeis el genio del General y esto pudiera acarrearnos un disgusto.

FEL. Nadie se lo va á decir. Verá usted cómo de esa forma salimos de una vez de dudas: acompañadme á mi tocador y le escribe una carta, en mi nombre, ó me la dicta.

P. FÉL. ¡Señora!

FEL. Y si no aquí mismo. (Buscando en la mesa.) ¿No hay papel?... ¡Venid!...

P. FÉL. Pero...

FEL. Mire usted que aun cuando sean estas horas, mando que enganchen y me voy allá y hablo con ella.

P. FÉL. De ese modo y si estais resuelta á todo, vale más que le escribais. (Aparte.) Ganemos todo el tiempo que podamos.

FEL. Pues aprovechemos los instantes...

P. FÉL. Vamos y Dios haga que el General no se entere. (Al marcharse el Padre Félix siguiendo á doña Feliciana, dejará caer una carta, por el interior del balandrán, de las que se guardó en el monólogo en que estaba solo.)

ESCENA IV

La escena quedará sola por breves momentos y aparecerá ALBERTO por la puerta de la lateral derecha

(Con desesperación.) ¡No es posible!... No. Mi corazón se desgarra en mil pedazos y ya no puedo más... Prefiero morir mil veces... ¡Ah! ¡Qué hermosa estaba en aquel dulce abandono!... ¡Cómo clavaba en mí sus negros ojos!... ¡Parece mentira que no haya leído en los míos la tormenta que rugía en mi pecho...! ¡Y cuánto quiere á Carlos...! ¡Dios mío, con qué afan le llama y manda que le busquen...! ¡Oh! Esto es horrible... ¡Esto es el cúmulo de todos los suplicios...! ¡Pero qué quiero más...! ¡Qué derecho tengo yo para poder exigir ni la más pequeña sonrisa, que no sea repugnante y sacrílego! El es su marido... su esposo idolatrado; el que le dió un nombre y la posición que hoy tiene... el complemento de su alma, y yo... yo no soy otra cosa que el Padre Alberto, el sacerdote depositario de sus penas y alegrías... ¡El hermano adoptivo de Carlos...! ¡El hermano...! ¡Ah! Aun cuando toda la Orden se empeñase, yo no puedo ni debo seguir en esta casa. ¡Imposible!... Quizás llegue un día en que el valor me falte; en que todo cuanto aquí existe (Señalándose al corazón) sea conocido de de ella ó de Carlos, y entonces... No: mañana pediré al Padre Félix que interponga su influencia para que se me mande á las Misiones de la China, y allí... (Con amargura.) yo buscaré los medios para que termine de una vez este martirio. (Reparando en la carta.) ¡Ah! ¿Qué es esto? (La coge.) Una carta abierta... (Leyendo.) «Reverendo Padre Félix.» (Declamado.) Y está dirigida á mi confesor... Veamos de quién es. (Leyendo.) «Todo se hará como habéis ordenado en la última que

nos dirigisteis. De tal forma serán provocados en el baile, que no tendrán otro remedio que batirse, y al día siguiente el General y su hijo no serán más que dos cadáveres.» (Declamado) ¡Cielos!... ¿Qué acabo de leer? (Leyendo.) «Vuestro humilde servidor, Mascetti» (Declamado.) ¡Oh! Esto no puede ser así... yo he leído mal... Pero no; está muy claro... Sí; no es ilusión de mi mente acalorada. (Leyendo.) «El General y su hijo no serán más que dos cadáveres...» (Declamado) ¡Y se lo participan al Padre Félix! ¡Ah! Qué rayo de luz acude en estos momentos á iluminar mi cerebro... ¡Pero no me atrevo á pensar...! No: no quiero... Tengo miedo á que hable mi razón... y sin embargo, aquí está escrito... aquí... Y es él, mi confesor, el amigo íntimo de esta familia, el que ordena que los asesinen... ¡Es él quien, después de tres años de ausencia, vuelve á esta casa con el fin de presenciar la muerte de dos seres que nada le ofendieron! ¿Pero qué fin se propone...? ¿Qué es lo que quiere...? ¡Oh! Sí; ahora todo lo comprendo, todo. Sus consejos en mi niñez, su afán porque llegase á profesar el cuarto voto... La orden expresa de volver á esta casa y que me fuera enterando de todos sus asuntos y tomando notas de cuanto para la Compañía fuese provechoso. Era todo un plan que iba poco á poco desarrollándose, siendo inconscientemente yo su cómplice... ¡Son ricos! ¡Ricos! Y sus riquezas les hacen falta á la Orden. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu poder, y qué inmensa tu providencia... Sí... yo los salvaré. Yo lucharé con ese monstruo de iniquidad, y con tu poderosa ayuda desbarataré sus miserables planes.

ESCENA V

DICHOS y EL PADRE FÉLIX, como distraído por el foro principal y como buscando alguna cosa

P. FÉL. ¿Tú aquí?...

ALB. (Aparte.) ¡Villano! (Alto al Padre Félix.) ¿Buscáis algo?. .

P. FÉL. (Dominándose y con indiferencia) Nada.

ALB. (Con ironía.) ¿Si es una carta? Tomad. (Dándole la carta)

P. FÉL. (Aparte.) ¡Maldición!

ALB Y quemadla, para que no se os vuelva á perder y otro que yo pueda leer lo que en ella os participan.

P. FÉL. (Indiferente.) ¿La has leído?

ALB. Desde la cruz á la firma.

P. FÉL. No me extraña tu curiosidad, son resabios del convento. Pero comprende que has pecado y que de ello tendrás que confesarte.

ALB. Lo que comprendo es que Dios ha hecho que esa carta que dos asesinos os dirigen, caiga en mi poder para que pueda evitar el que se cometa un crimen.

P. FÉL. ¿Evitar? (Sonriéndose.) ¿Quién pensó en tan gran locura?... Por el contrario; que se realice mi plan como yo deseo es lo que hace falta para la mayor gloria de Dios y de sus hijos.

ALB. ¡Padre Félix! ¿Para la mayor gloria de Dios decís? ¡Vaya una infamia!

P. FÉL. ¡Alberto!

ALB. (Con indignacion.) Sí, una infamia. Un sacrilegio. ¿Tomar el nombre de Dios para escudar un crimen?

P. FÉL. ¡Alberto!

ALB. Si no queréis que vaya al convento y ahora mismo dé cuenta al Padre Superior de lo que pasa, para que él á su vez lo haga al General de la Orden y seais ignominiosamente arrojado de ella, en este mismo momento

vais á escribir á vuestros servidores, deshaciendo cuanto habéis ordenado...

P. FÉL. ¡Niño! ¿Y qué pruebas ibas á aducir en contra mía?... (*Rompe la carta y arroja los pedazos á la chimenea.*) Cuanto digas será una calumnia que levantas á un superior tuyo, y ya sabes á la pena que te expones.

ALB. No me importa. Y si á eso fuéramos, ¿vos qué pena merecéis?...

P. FÉL. (*Acercándose á Alberto.*) Deja correr las cosas tal como están; tú nada sabes, ni nada tampoco puedes evitar aunque quisieras...

ALB. ¿Que no puedo evitar? ¡Miserable!

P. FÉL. No; ni aun á costa de tu propia vida... De forma que, cuando todo se haya tranquilizado y estén cicatrizadas las heridas... Ten talento...

ALB. (*Interrumpiéndole.*) Basta, villano. Solamente de los labios de un hombre como vos pueden salir tales palabras. (*Exaltándose por grados.*) ¿Y sois vos el santo cuya vida sirve de ejemplo á los novicios?... ¿Y sois vos el sacerdote que desde la cátedra sagrada anatematiza el vicio y enseña á practicar la virtud?.. Mentira. Vos no sois otra cosa que un asqueroso y repugnante ser lleno de orgullo y de miseria, que ha tenido el talento suficiente para ocultar sus instintos sanguinarios bajo el antifaz del santo.

P. FÉL. (*Acercándose á él.*) ¡Oh! ¡Calla!

ALB. No callo, no. Llegó la hora en que hubiera un hombre que os dijera frente á frente lo que habéis sido y lo que sois. Por el afán de dinero para la Compañía á quien pertenecemos, matasteis en el confesonario mis más bellas ilusiones, y poco á poco fuisteis inculcando en mi corazón el odio á todo lo que no fuera la religión y el jesuitismo. Vacilé un momento cuando los ojos de una mujer se fijaron en mí con cariño y os lo dije... Entonces vos, comprendiendo lo que pasaba en mi alma, apresurasteis mi profesión... era natural. La Orden ambicionaba las riquezas que mi padre me dejara al mo-

rir, y nada podía importarle el que llegase un día que las pasiones se encendiesen en mi pecho; y loco, desesperado, sufriendo un infierno de amor, la blasfemia acudiese á mis labios y la desesperación aminorase mis creencias. Pero con esto no quedó satisfecha su codicia... Una víctima no era bastante á calmar la hidrópica sed que le devora... Hacen falta más millones... muchos más, y me mandáis aquí para que espíe, con el pretexto de la religión y las ideas de Carlos. Luego venís vos envuelto en la piel de la inocente oveja, y no bien acabáis de llegar, cuando vuestros sicarios, según esa carta lo prueba, empiezan á poner en práctica las órdenes de vos recibidas...

P. FÉL. ¡Desgraciado!... Te perdono cuanto dices porque veo que el amor de María ha trastornado tus sentidos. (Con sentimiento.) Yo también tuve un tiempo en que amé de esa manera.

ALB. ¿Amar vos?... ¡Imposible!

P. FÉL. ¡Imposible!... ¿No soy hombre?... ¿A qué te extrañas?

ALB. No; sois una fiera sin corazón... que... (Cambiando rápidamente de entonación y de ideas.) Pero dejémonos de más palabras y escribid, que el tiempo pasa y cada minuto me parece un siglo.

P. FÉL. (Como hablando consigo mismo.) ¡Con qué vehemencia siempre la juventud trata los asuntos! (A Alberto.) Escucha, Alberto: en tu locura estás acariciando un imposible. ¿Tú crees que por ese sentimentalismo anticuado que padeces voy yo á modificar en lo más pequeño los planes que concebí, para la mayor gloria de Dios y cuyos favorables resultados casi estoy tocando?... Más fácil es que Aquel por quien los mundos giran en el infinito espacio, ordene que la tierra se pare en su carrera.

ALB. (Cogiéndole del brazo.) ¿Escribís...? ¿Sí ó no?

P. FÉL. ¿Es que me amenazas...? ¿Tú sabes, insensato, con quién hablas...?

ALB. Con un miserable ser digno del patíbulo... Escribid lo que yo os dicte.

P. FÉL. ¿Me desafías...? ¿Aun insistes y casi vas á pasar á la violencia? ¡Quién eres tú, débil junco, para resistir el simoun del desierto!... ¡Quién eres tú, pequeño dique, de movediza arena para contrarrestar el azote de las embravecidas olas!... (Enseñándole un anillo que llevará en la mano derecha y haciéndose en el pecho una cruz con la izquierda.) ¡Mira!

ALB. (Horrorizado.) ¡Oh!

P. FÉL. ¡De rodillas y pide perdón de tus ofensas!

ALB. (Retrocediendo.) ¡Cielos, el General!... ¡El General de la Orden!

P. FÉL. Sí, el General de la Orden, desde hace cuarenta y ocho horas, es á quien tú insensatamente acabas de ofender.

ALB. (Con humildad.) ¡Padre Félix...!

P. FÉL. De rodillas, vil gusano, que osaste levantar la cabeza ante tu señor...

ALB. (Como sugestionado, cayendo de rodillas.) ¡Perdón, reverendo padre!

P. FÉL. Inclina tu cabeza sobre el polvo y arrepiéntete de haber llegado á alzar tu vista ante aquel por quien á la mayor gloria de Dios, lo mismo el salvaje de la Oceanía que el hombre civilizado de la Europa, se humillan y obedecen.

ALB. ¡Pero!...

P. FÉL. De rodillas y pide á Dios te perdone el sacrilegio. (Vase por el foro principal y queda Alberto de rodillas como aterrado.)

ESCENA VI

ALBERTO solo

(Pausa.) ¡Oh! ¡Dios mío...! ¡Era él!... ¡El General de la Compañía de Jesús á quien yo apostrofé de esa manera!... Al que yo llegué á amenazar... (Reponiéndose y con decisión.) Pues bien; no me importa... Que se cebe por com-

pleto en mí su ira, pero que se salve esta familia de su saña, y sus satánicas órdenes dejen de cumplirse. Soy un débil junco; un dique de movediza arena para oponerme, ha dicho, á sus proyectos, pues bien... con tu ayuda, Señor, voy á probarle que aun puede haber un David para un gigante. (Se dirige con decisión al foro principal.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón elegantemente puesto de los Condes de Espada, que da paso á la capilla y á la alcoba del General. El foro figura dar á una galería de cristales y se encuentra dividido por dos columnas formando tres arcos: en cada una de estas columnas una panoplia con armas de todas clases. En el lateral derecha una puerta grande, cerrada y practicable, con una inscripción latina sobre ella. En el izquierdo dos puertas con colgaduras y portiers; varios sillones. Las salidas y entradas serán por la galería, ya sea á la derecha, ya á la izquierda, según se marque

ESCENA PRIMERA

EL PADRE FÉLIX y el DOCTOR, ambos saliendo por la puerta del foro derecha

P. FÉL. ¿De forma que usted cree..?

DOC. Mi opinión es que no hay peligro por ahora, y por tanto pueden estar tranquilos... después, solamente Dios prevee lo oculto.

P. FÉL. ¿Pero la fiebre...?

DOC. Su presencia nos demuestra la índole del proceso que tenemos que combatir.

P. FÉL. ¿Luego la operación...?

DOC. Es de todo punto indispensable; y mi opinión es que después de celebrada la consulta pasemos inmediatamente á practicarla; cualquier vacilación ó tardanza que pudiéra-

mos tener, agravaría el pronóstico que por fortuna es bastante favorable.

P. FÉL. (Con hipocresía.) ¿Y no hubiera medio de evitarla...? ¡Va á sufrir tanto...!

DOC. Imposible; el proyectil se encuentra alojado en los tejidos y no hay otro recurso que extraerlo... Con referencia al sufrimiento más ó menos que pudiera tener durante la operación, podéis estar tranquilo, que no sentirá lo más pequeño. (Dirigiéndose al foro principal.) Vaya, con su permiso; voy á hacer unas cuantas visitas, y volveré á esperar á mis colegas. Le recomiendo que sean pocas las personas que penetren en la alcoba; con una ó dos que estén constantemente á su lado para evitar que se llegue al vendaje, y darle las cucharadas de la medicina, es lo suficiente.

P. FÉL. Descuidad, que yo me encargo de ello.

DOC. (Dirigiéndose al foro principal.) Pues hasta ahora, Padre Félix.

P. FÉL. Id con Dios, Doctor, y perdonadme el que no salga á despedirle... (Vase el Doctor foro principal.)

ESCENA II

EL PADRE FÉLIX, pensativo

Morirá; no me cabe duda... morirá aun cuando la ciencia entera opine lo contrario; de algo han de servirme mis viajes por el Africa y la India... ¡Qué lástima! La llegada de Alberto, no hay duda, fué la que hizo á Mascetti variar la puntería; dos centímetros más y todo hubiera terminado en el momento... (Dan las nueve.) ¡Las nueve...! ¡Qué ansiedad! La victoria es mía si á Vertini no le tiembla el pulso, y Carlos queda en eso que han dado en llamar campo del honor. Muerto el General; muerto su hijo, nada me queda que hacer por este lado y puedo dedicarme en absoluto á la defensa de la Orden que en todas partes se ve atacada por los

réprobos, sin que ni remotamente se llegue á comprender los medios de que me sirvo para obtener el triunfo. Sólo me resta de aquí Alberto. ¡Alberto! Ese ingrato que desde su juventud he venido guiando para gloria de la Orden, que por una maldita casualidad ha llegado á enterarse de todo... Pero á ése... á ése yo le haré que olvide la carta que le sirve de pretexto para querer sacudir el yugo que le oprime; yo le haré que viertan sus ojos raudales de lágrimas de sangre por cada una de las frases que se ha atrevido á dirigirme, y su osadía será castigada sin compasión, yo se lo juro.. ¡Oh! Sí: el ciego amor que tiene á María; esa pasión que tan hondas raíces echó en su pecho, será el arma que esgrimiré en contra suya... ¡Y pobre de él! ¡Pobre de él en el instante que mi mano vengadora se extienda sobre su cabeza.

ESCENA III

EL PADRE FÉLIX y DOÑA FELICIANA por el foro derecha.

FEL. (Saliendo.) ¿Padre Félix?

P. FÉL. ¿Qué deseáis, señora?

FEL. ¿Qué le ha dicho el doctor?

P. FÉL. Lo mismo que ya sabéis.

FEL. ¿Tiene esperanzas?

P. FÉL. La ciencia jamás las pierde.

FEL. ¿Pero usted cree...?

P. FÉL. Si he de juzgar por sus palabras, vuestro esposo no ha de estar en cama veinte días.

FEL. (Como dudando.) ¡Oh! Dios haga que así sea.

P. FÉL. Eso le pido en mis oraciones.

FEL. ¿Y á las doce se celebrará la consulta?

P. FÉL. Para esa hora se han citado los médicos, y después de que todos estén conformes, pasarán á hacerle la extracción del proyectil.

FEL. ¿Y su opinión de usted cuál es...?

P. FÉL. No me atrevo á formularla.

FEL. ¿De manera que para usted...?

P. FÉL. Para mí, aun cuando sienta decirlo, el General está más grave de lo que el médico se piensa.

FEL. (Alarmada.) ¿Qué dice?

P. FÉL. Sí señora. Por más que no poseo la ciencia de Esculapio ni practiqué en ningún hospital, pues que no era esa mi misión, en mis ratos de ocio he leído algo de medicina y he estudiado en mis largos viajes lo que son las heridas por armas de fuego y las consecuencias funestas que algunas de ellas suelen traer.

FEL. (Con precipitación.) ¿Pero nota usted en el General algo que le alarme...?

P. FÉL. (Aparte.) Preparemos el terreno. (Alto á Feliciana.) No lo sé. Yo veo que la temperatura está muy alta; que el delirio es grande, y que sus ojos fijos y sin expresión están algo inyectados.

FEL. ¿Y eso qué significa?

P. FÉL. Á mi juicio... que la congestión nos amenaza.

FEL. ¡Oh! ¡Por Dios, Padre Félix! ¿Y qué ha dicho el doctor cuando le habéis hecho todas estas observaciones?

P. FÉL. Nada, callar y mirarme sonriéndose .. Ya le he sentado por base que soy profano en la materia

FEL (Sollozando.) ¡Ah! ¡Si se llegara á morir!...

P. FÉL. Sería una prueba que la Divina Providencia os tenía reservada, y no tendríais otro remedio que, resignada, someterse á ella.

FEL. ¿Resignarme yo? Imposible, Padre Félix. ¡Si viera usted cuánto sufro desde anoche!... Hay momentos que parece que el corazón se me va á romper en mil pedazos. (Cambiando de ideas.) ¿Y no ha tenido aún noticias de Carlos...? ¿No sabe nada de ese hijo que quizás á estas horas se encuentre como su padre, luchando con la muerte?... ¡Oh! ¿En qué habré ofendido al Señor; en qué le habré faltado para que así la adversidad haya llamado á nuestras puertas?...

P. FÉL. Ved, señora, que en vuestras palabras, sin intención, lleváis envuelta una blasfemia.

FEL. ¡Una blasfemia...! No: bien sabéis que no, padre mío... es que el dolor, la desesperación me las hace proferir .. ¡Ah! Si llegase á faltarme... no lo quiero ni pensar... le seguiría.

P. FÉL. (Con ironía.) ¡Seguirle!...

FEL. Sí. El dolor se encargaría de arrancarme la existencia. Créame usted.

P. FÉL. Todo pasa en este mundo: el dolor como el placer son un instante de la vida... No digo que no le sentiríais, pero al cabo de un año... de dos, sólo quedaría en vuestro pecho un dulce recuerdo... Esto es lo normal... lo que estamos viendo á cada paso.

FEL. ¡Ah! No: os engañáis.

P. FÉL. Que huyerais del mundo y de esa vida que hasta aquí habéis tenido... no digo que no lo hicierais; ¡y quién sabe! (Recargando las frases.) Quizás en medio de vuestra pena, vos que conserváis incólumes los principios de nuestra santa religión, llamarais á las puertas de un convento, para en aquel lugar, al lado de cariñosas hermanas que unirían á las de usted sus preces, dedicarse exclusivamente á pedir á Dios por la salvación del alma de su esposo... Pero ya os lo he dicho anteriormente, esto sería por dos ó tres años á lo sumo.

FEL. ¡Oh! Sí, Padre Félix, y no ponedlo en duda. Si esa desgracia me ocurriera, un convento sería mi paradero... ¡Pero yo creo que Dios no puede abandonarme!... Yo creo que mis oraciones, juntas á las de usted, que sois un santo, han de llegar hasta su trono y tendrá piedad de nosotros.

P. FÉL. Sus altos fines, señora, son incomprensibles.

FEL. Además, su opinión no es la de la ciencia. El médico mismo ha dicho que tiene grandes esperanzas de salvarlo... y perdóneme que yo, aun respetando la que por su experiencia tenga formada, admita la del doctor; es más consoladora.

P. FÉL. Hacéis muy bien; la esperanza es lo más

halagüeño de la vida y lo último que debe abandonar á las criaturas... Pero si me permitís, voy al oratorio á pedir por la salud del General y rezar mis oraciones de la mañana.

FEL. Marche usted, marche usted, padre mío, y ruéguele se compadezca de nosotros.

P. FÉL. (Aparte.) Cómo van cayendo los incautos. (Vase por la puerta de la capilla.)

ESCENA IV

DOÑA FELICIANA sola, sollozando

¡Qué amargura derramó sobre mi corazón con sus palabras!... Quiero confiar en los pronósticos del médico, pero sin querer, las frases que el Padre Félix acaba de pronunciar, destruyen las ilusiones que me forjo. Y tiene razón... nada hay que se compare á la tranquilidad que en el claustro se disfruta... Aquella paz...

ESCENA V

DOÑA FELICIANA y ALBERTO, que antes de la última frase de la escena anterior aparecerá por el foro izquierda

ALB. (Interrumpiendo á doña Feliciana.) ¡Señora!...

FEL. (Levantándose con excitación y corriendo hacia él.) ¿Qué?... ¿Ocurre algo? ¿Has podido saber?...

ALB. (Con sentimiento.) Nada. En vano fueron todos mis esfuerzos para averiguar el punto donde se encuentran.

FEL. (Con desesperación.) ¡Virgen Santísima!

ALB. En unas partes no me han recibido so pretexto de lo intempestivo de la hora: en otras, y debido á mi traje, he podido pasar hasta la misma alcoba, pero ninguno me da razón del sitio en donde el desafío de Carlos se pueda estar verificando..

FEL. ¿La marquesa?...

ALB. He vuelto á verla, y no sabe más de lo que ya me dijo... Y gracias que por ella pudiera llegar á tiempo de coger en mis brazos al General.

FEL. ¡Oh! ¡Dios mío! Qué ansiedad...

ALB ¿Y cómo se encuentra?

FEL El médico que le hizo la primera cura tiene grandes esperanzas... pero el Padre Félix me acaba de decir que no le gusta... que nota un no sé qué... En fin, Alberto mío, que con sus palabras no ha hecho más que aumentar mi dolor y la pena que me embarga...

ALB. Ya... lo supongo. (Aparte.) ¡Villano! (Alto á doña Feliciana.) ¿Era por eso por lo que decíais, cuando yo llegué, que ambicionabais la paz de un convento?...

FEL. Sí, hijo mío. Hablando de la gravedad en que se encuentra y del caso que pudiera morir .. (Sollozando.) acudió esa idea consoladora á mi mente.

ALB. (Interrumpiéndole.) Y el Padre Félix, aprovechándose de la disposición de ánimo en que os encontrais, os aconsejaría que, si el General, por desgracia, falleciera, debierais inmediatamente retiraros del mundo... ¿No es cierto?... (Aparte.) ¡Infame!

FEL. Justo, sí... ¡Y qué mejor determinación que buscar un santo asilo, donde dirigir tranquilamente á Dios mis oraciones!

ALB. (Como hablando consigo mismo.) El tenía que ser... Era preciso. (A doña Feliciana.) Pues jamás, señora, se os ocurrra tal idea, aun cuando la desesperación invada vuestra alma. ¿Sabéis lo que es un monasterio? ¿Sabéis lo que son esos recintos, sepulcros vivientes donde, en continua lucha, se agitan las pasiones comprimidas? ¡Oh! No... Si lo supierais, con horror, de vuestro cerebro arrancaríais tal pensamiento.

FEL. (Con extrañeza.) ¿Qué dices? .. ¿Y eres tú... un religioso el que así habla?...

ALB. (Con exaltación.) Madre... porque visto este hábito talar, por eso hablo... Porque la luz de

la razón brilló un instante para mí y he comprendido que la existencia que se arrastra en un monasterio es idéntica á la de la pobre planta que el jardinero inexperto encerró en la estufa. Poco á poco sus hojas se ponen mustias, palidecen; su tallo se doblega y... falta de luz, de aire y vida, como no encuentra su organismo fuerzas para luchar con la injusticia, allí perece. Además, vos debéis saber que no puede existir premio donde no hay resistencias que vencer, torrentes que vadear, ni abismos que á su fondo nos atraigan. ¿Creéis que vais á subir peldaño por peldaño la escala que asciende hasta los cielos con sólo plegarias y homenajes á la divinidad?...

FEL. ¿Pero tú estás loco?...

ALB. ¡Vana quimera! A Dios se asciende venciendo en el mundo las pasiones y practicando sus cláusulas divinas. Entre la monja que desde niña sólo se le enseña á orar, y en rezos y mortificaciones pasó su estéril vida, y la que, rodeada del vicio, supo vencer la tentación y prefirió la miseria antes de faltar á sus deberes, ¿á quién, si fuerais Dios, daríais la preferencia? Si llegase, por desgracia, ese momento en que el General fuera llamado al seno del Supremo Hacedor para dar cuentas de sus actos, lejos de huír del mundo como pensáis y os ha aconsejado por sus miras particulares el Padre Félix, corred junto al desgraciado y practicar la caridad, que por ella más pronto se llega al cielo que por rezos.

FEL. (Aturdida.) Es que en el caso en que la desgracia tocase mi frente con su dedo... ¡cuantas riquezas tengo irían á parar á vosotros .. á los jesuitas para que en mi nombre practicaseis esa caridad de que me hablas.

ALB. (Con ironía.) ¿A nosotros?... ¡Pobre madre mía! ¡Hasta cuándo, Señor ha de anidar el error entre tus hijos!

FEL. ¡Oh! Calla... tú deliras...

ALB. ¡Delirar!... ¡Ojalá! .. ¡Ojalá fuera verdad que

deliraba, y que hijas de mi locura eran mis palabras. (Con sentimiento.) Pero no, doña Feliciana. No, oid y fijaos bien en la comparación que voy á haceros y sacad la consecuencia

FEL. (¡Infeliz! ¡Ha perdido la razón, no hay duda alguna!)

ALB. Dicen que allá... muy lejos, en la América tropical, hay una clase de Hormigas llamadas de fuego, por su color rojo de sangre, que todo lo devoran, de todo se apoderan, y que desgraciado se puede considerar aquel ó aquellos en quienes hagan presa, porque sólo á costa de los pedazos de su carne, pueden arrancar de su cuerpo aquellas tenazas que laceran sus tejidos; pues bien, si meditáis un poco, si recordáis la presión que desde mi infancia se ha venido ejerciendo hasta que hice donación de la herencia de mis padres, y después observáis cuanto está pasando en derredor vuestro, sin preguntas, sin vacilaciones de ningún género, con seguridad desistiréis de llevar á la práctica lo que en vuestra desesperación habéis pensado ú os han hecho que penséis.

FEL. (Aterrada.) ¡Jesús, qué horror! ¡Alberto, hijo mío!

ALB. No; si yo también soy un jesuíta, una Hormiga roja, como queráis llamarme. Pero... (Mirando á todos lados.) ¡Chist! bajad la voz.. que nadie pueda oiros... ante las palabras *Ad mayoren Dei gloriam*, la tierra se estremece y tiembla...

FEL. ¡Dios mío... y pudiste ingresar en esa Orden! ¡Y durante ocho años has estado día por día al lado de esa gente?

ALB. Es que al principio nada se sabe, todo se ignora, y el panorama místico que presentan á nuestras miradas no puede ser más ideal y que consuele al alma... Pasan los años; se van haciendo votos, y cada vez uno va conociendo el antro donde se metió y del que no puede salir sin un milagro... ¿Y á

esta sociedad, á esta Orden pensais en dar vuestras riquezas?...

FEL. ¡Oh, no, Alberto; no, hijo mío! Si es verdad cuanto dices, si tus frases no son hijas del delirio, y ante ese Dios que te escucha juras que es verdad cuanto me dices, yo romperé los votos que te esclavizan á esa sociedad, y juntos socorreremos la indigencia... ¡Juntos!

ALB. (Interrumpiéndole.) ¡Callad, madre mía; callad y guardad en vuestro pecho pensamientos que si llegara á descubrir el Padre Félix, traerían sobre nosotros el odio de esa gente aborrecida.

FEL. ¡El Padre Félix! ¡Oh! Pues te has salvado. ¡Yo le hablaré!

ALB. Guardaos de ello si queréis vivir. El Padre Félix, que es hoy el General de la Orden, es el enemigo más grande que tenemos... Oid...

ESCENA VI

DOÑA FELICIANA, ALBERTO y MARÍA, que sale foro izquierda

MARÍA ¡Madre!...

ALB. (Aparte al verla.) ¡Dios mío, valor para seguir la lucha!

FEL. (Con ansiedad.) ¿Se ha puesto peor?

MARÍA Tranquilícese: descansa en estos momentos.

FEL. ¿Vino Mauricio?...

MARÍA Sí: ahora acaba de llegar, y queda en la habitación por si algo ocurre.

ALB. (Con ansiedad.) ¿Y trae alguna noticia?...

MARÍA Ninguna. La misma Luisa, según me ha contado, se puso al habla por teléfono con el gobernador, y tampoco esta autoridad tiene la menor noticia. ¡Oh! Yo estoy desesperada... Mis ojos ya no tienen lágrimas que verter, y á cada instante me parece que le veo tenderme sus brazos... fijar en mí su vista vidriosa...

FEL. ¡Calla! ¡Calla, María! ¿No estás viendo que me matas?...

ALB. ¡Por Dios, tranquilízate!...

MARÍA ¡Madre del alma, que ya no puedo más!...

FEL. ¿Que no puedes?... ¡Y qué diré yo!...

MARÍA Es que la duda mata más que la realidad...

FEL. Sí; pero yo tengo la realidad en esa alcoba y la duda como tú, en el corazón, que me lo hiela.

MARÍA ¿Y el Padre Félix, tampoco sabe nada?... Tú, Alberto...

ALB. Han sido, como las suyas, infructuosas mis pesquisas.

FEL. Aun no le han contestado, después de haber puesto en juego todas sus antiguas relaciones é influencias...

ALB. Ni esperéis que le contesten, yo os lo juro.

MARÍA ¡Cómo Dios nos está probando! Desde hace pocas horas parece que una maldición cayó sobre nosotros.

ALB. (Con intención.) Y pídele que con esto se dé por satisfecho.

MARÍA ¡Qué dices!

FEL. ¿Por qué dudas que no le contesten?... Es que crees...

ALB. Madre, recordad lo que os expuse anteriormente, y á poco que sobre ello medite, con seguridad que encuentra la causa de mis dudas.

MARÍA (Pensativa.) Estás enigmático... y tus palabras causan frío... Tú sabes algo que cuidadosamente tratas de ocultar... ¡Oh! Alberto... habla; habla de una vez por Dios, y sácanos de esta ansiedad...

ALB. María; ¿te figuras que si yo tuviera alguna noticia de Carlos, me iba á estar con los brazos cruzados presenciando con la mayor indiferencia la marcha de los acontecimientos? ¿Tú crees que ya no hubiera ido á poner mi pecho antes que el suyo frente al cañón de la pistola? ¿Iba á presenciar las lágrimas que el dolor te hace verter y la desesperación de mi madre adoptiva, sin pronunciar una frase que os sacara de la duda...? No: nada sé... pero... (Mirando á doña Feliciana, que

presurosa se dirige á la alcoba de don Ramon.) ¿Qué ocurre?

FEL. El General parece que me llama... venid.

ALB. ¡Si hubiera recobrado la razón por un instante...!

MARÍA Vamos y quizás por él sabremos dónde mi Carlos se encuentra... (Vanse los tres por la segunda puerta lateral que conduce á la habitación del General.)

ESCENA VII

Queda la escena un momento sola y después aparecerá el PADRE FÉLIX por la puerta de la capilla

(Pensativo.) No está en su cuarto... ¿Si habrá regresado de su segunda excursión...? ¡Ay de él si continúa faltando á la obediencia... Aquí todo terminó... y aun cuando falta el epílogo, de ese yo me encargo que en poco tiempo se concluya. Carlos, según me participan, acaba de morir. Mis palabras parece que hallaron eco en el corazón de doña Feliciana, y ella y María, paso á paso, sin que puedan darse cuenta, entrarán en un convento, si yo sé aprovechar los primeros momentos de dolor... Después... volverán al mundo ó no... allá veremos, pues ciertos hechos no suelen repetirse muchas veces... (Mirando por la puerta lateral que figura dar á la habitación del general.) ¡Hola! ¡Estaba en la alcoba del General! Y viene con María... Por la atención que ésta parece prestarle, debe ser de gran interés lo que le está diciendo... Si yo pudiera .. Se dirigen hacia aquí... ¡Ah! Escuchemos detrás de este portiers. (Se pone á escuchar detrás del portiers de la derecha, cuidando de que el público lo vea y no los actores.)

ESCENA VIII

MARÍA, ALBERTO y el PADRE FÉLIX

ALB. (A María.) ¿De forma que me perdonas...?

MARÍA Sí, pobre Alberto, te perdono y lamento tu locura.

ALB. (Con sentimiento.) Yo no he tenido la culpa, María; yo he luchado con la tentación; yo he mortificado mi cuerpo durante los tres años que hace que te conocí, y en silencio he devorado mis lágrimas. Si no hubiera sido por la guerra que tengo entablada con ese hombre, jamás, de este amor sacrílego, hubieras conocido lo más pequeño, y mi secreto se enterraría conmigo...

P. FÉL. (Aparte.) ¡Ah! ¡Traidor!

MARÍA ¿Y partirás?

ALB. Como te lo he jurado. En el momento que Carlos regrese, yo abandonaré para siempre esta morada...

MARÍA (Con desesperación) ¡Carlos regresar!

ALB. Sí, María; me lo dice el corazón. Tu esposo vendrá triunfante de sus enemigos. .

MARÍA O como su padre... luchando con la muerte.

ALB. Cuando llegue, yo celebraré con él una entrevista y con la misma ingenuidad y nobleza que á tí, le diré el por qué me separo para siempre de vosotros, y como tú, aprobará mi decisión, perdonándome si, con el pensamiento, pude ofenderos en lo más pequeño. .

MARÍA ¿Y del Padre Félix?

ALB. Ya lo sabes... arrojadlo de esta casa antes que termine su obra repugnante. Por ese Dios que escucha mis palabras, te lo pido... si no lo hacéis como yo os aconsejo; si dais oído á sus frases insinuantes é hipócritas, parecidas sólo á las que al oído de Eva pronunció la serpiente en el Paraíso, no habrá remedio para vosotras y vuestra fortuna entera pasará á su poder...

P. FÉL. (Aparte.) Terminemos. (Saliendo á la escena) ¡Basta, infames!... ¡Basta de deshonra y sacrilegio!

MARÍA ¡Ah! ¡Dios mío!

ALB. (Aparte.) ¡Eh! (Al Padre Félix.) ¿Nos escuchabais...?

P. FÉL. No: Pero he tenido tiempo de ver lo infames que ambos sois.

MARÍA ¡Cielos! ¿Que dice?

ALB. ¡Oh! ¿Qué villanía?

P. FÉL. Sí; lo infames. Lo repito. (A María.) ¿Eres tú la esposa modelo?

ALB. (Cogiéndole por el brazo.) ¡Canalla! ¿Qué es lo que pronuncian vuestros labios?

MARÍA Dios mío! ¡Alberto! (Sujetándole y poniéndose entre los dos.)

P. FÉL. Aparta. (A María.)

ALB Déjame que le arranque la lengua á ese mal fraile.

P. FÉL. Atrévete, infame, á tocar al ungido del Señor, y cual Caín llevarás tu crimen escrito en la frente mientras vivas... Atrévete y une el sacrilegio á la impureza.

ALB. ¡Impureza! ¿Sacrilegio decís? Reptil inmundo... (Luchando con María.) ¡Suelta, María!

MARÍA ¡Oh! no... no te suelto aunque me mates... ¡Mauricio!

P. FÉL. Desde anoche te he venido perdonando cuantos insultos me has dirigido, porque veo que el espíritu de las tinieblas se había apoderado de tí; pero ahora te atreves á arrostrar el peso de mi cólera; de las amenazas quieres pasar á los hechos... pues bien, (Con solemnidad.) Alberto de Sanabria, en el nombre de nuestro amantísimo Santo Padre Vicario y representante de Jesucristo en la tierra, yo te excomulgo.

ALB. ¡Oh!...

MARÍA (Soltando á Alberto y tapándose la cara horrorizada.) ¡Ah!

P. FÉL. Y maldita sea la tierra que pises...

ALB. (Reponiéndose y con ira que irá creciendo hasta el final de la escena.) ¡Basta, villano!... Me excomulga porque no he querido admitir ni se-

cundar las infamias que me había propuesto... ¡Lanza el anatema sobre mí porque Dios hizo que me enterara de sus miserables planes, y he logrado arrancarle una de las víctimas que tiene sentenciadas para poder obrar más á mansalva!... Pues bien, yo, Alberto de Sanabria, rompo mis vestiduras; (Se quita la sotana y la tira.) rompo los lazos que me ligaban á una sociedad á quien deshonra con sus vandálicos hechos y me separo, desde hoy, de la autoridad vuestra.

MARÍA ¡Alberto...! ¡Perdonadle, Señor!

P. FÉL. Hereje.

ALB. (Corriendo á la panoplia y tomando una espada.) Y ahora que no soy jesuíta; ahora que estoy purificado por el martirio y por vuestro risible anatema, temblad, porque el instante del castigo ha sonado para vos.

MARÍA No: mátame á mí primero, hermano mío.

P. FÉL. Hunde en mi pecho ese acero que brillla en tu mano, húndelo si te atreves... pero mi muerte no le devolverá la vida á Carlos.

MARÍA ¡Ah! ¡qué ha dicho! ¡mi Carlos... muerto...!

ESCENA IX

DICHOS y CARLOS, que entra precipitadamente por el foro

CAR. Carlos vive y viene vencedor de vuestros servidores.

P. FÉL. (Aparte.) ¡El! ¡Maldición!

MARÍA (Corriendo y arrojándose á los brazos de Carlos.) ¡Carlos de mi alma! (Cae desmayada.)

CAR. (Abrazando á María.) ¡María de mi corazón!

ALB. ¡Hermano, el cielo te ha protegido! (Dirigiéndose al P. Félix.) Y este infame...

P. FÉL. ¡Oh! ¡Rabia...!

CAR. (A Alberto.) Detente, Alberto; lo sé todo y le perdono: toma y lee... (Le entrega varios papeles á Alberto. Dirigiéndose á María, que la habrá reclinado en una butaca.) ¡María, vuelve en tí...! ¡María!

ALB. (Leyendo.) «Reverendo Padre Félix: La hija que

con tanto afán buscáis es hoy la esposa del hijo del General Conde de Espada »

P. FÉL. ¡Ah! ¿Qué dice...? ¡Mi hija...

CARLOS Sí, tu hija; el fruto de tus amores con aquella infeliz á quien abandonaste para hacerte sacerdote, robándole lo poco que le quedaba de la herencia de sus padres...

ALB. ¡Oh! ¡Qué horror!

P. FÉL. El infierno entero se desata contra mí... ¡Calla!

CARLOS No; no callo. El infame asesino que en vuestros tenebrosos planes lanzasteis contra mí, al verse herido de muerte, me lo confesó todo y me entregó las pruebas materiales de vuestros crímenes.

P. FÉL. ¡Traidores! (A Carlos con desesperación.) ¡Calla! (Tapándose los oídos.) No... no quiero oir.

CARLOS Pero yo en el nombre de la pobre Amparo y en el de este ángel á quien tanto quiero, os desprecio, al par que os perdono tanta infamia... Mas salid, salid inmediatamente de esta casa ..

P. FÉL. ¡Me perdonas...! (Con delirio creciente.) ¿Tú sabes acaso si yo quiero ni tu perdón ni tu desprecio...?

MARÍA (Suspirando.) ¡Carlos...! ¿No es un sueño... te tengo junto á mí?

CARLOS ¡María!

P. FÉL. Antes que eso, (Va á la panoplia, coge una daga y se la clava en el pecho.) mira.

ALB. (Queriéndole sujetar.) ¡Oh! ¿Qué hacéis?

P. FÉL. Perdonad si queréis mi cadáver. (Da un grito, se lleva las manos al pecho y cae. Alberto se hincará de rodillas junto á el.—Telón.—El cuadro final será: á la derecha y en primer término, Alberto, de rodillas, junto al cadáver del Padre Félix y como si estuviera orando. A la izquierda y en segundo término, María en la butaca y Carlos á su lado como queriendo con su cuerpo ocultar el grupo de Alberto y Félix. Aparte de todas las anotaciones, este cuadro como los demás se dejan al buen gusto y pericia de los actores.

FIN DEL DRAMA